

## LA ECOLOGÍA HUMANA Y NUESTRA UNIVERSIDAD

**Mons. Francisco Javier Errázuriz O.**

*Arzobispo-Obispo de Valparaíso. Gran Canciller de la Universidad  
Católica de Valparaíso.*

He aceptado con alegría la invitación a dar esta conferencia de inauguración de las actividades académicas del presente año<sup>1</sup>. De esta manera, me he propuesto compartir con Uds. el anhelo de hacer más nuestra la misión de esta Universidad Católica, que la proyecta hacia el progreso espiritual y material de la sociedad, particularmente de la cultura de nuestra patria. Esto exige una permanente atención a los signos de los tiempos, para descubrir en ellos la voluntad de Dios y colaborar con El. Por eso, entre los más fuertes de nuestro tiempo, para estas reflexiones he escogido un signo que moviliza a millones de hombres, especialmente a la juventud. Me refiero al movimiento ecológico. Quiero invitarles a meditar sobre algunas dimensiones de este tema a partir de los datos que todos poseemos. La perspectiva específica que determinará estas reflexiones será la propuesta de la "ecología humana", a la cual se refiere el Santo Padre JUAN PABLO II, en la encíclica *Centesimus Annus*, que publicó en 1991 para conmemorar los 100 años de la primera encíclica sobre la cuestión social, la *Rerum*

---

<sup>1</sup> Conferencia inaugural de las actividades académicas de la Universidad Católica de Valparaíso, el 26 de marzo de 1997.

*Novarum*. En la primera parte, deseo recordar algunos aspectos más generales del movimiento ecológico y plantear la perspectiva propia de la ecología humana. Mostraré después, a grandes rasgos, los fundamentos bíblicos de la misma. En la tercera y cuarta parte, deseo señalar algunas dimensiones de la ecología humana, para motivar la reflexión de Uds. sobre la misión, el espíritu y el quehacer de la Universidad.

## I- Ante un nuevo signo de los tiempos

ORTEGA Y GASSET solía distinguir entre los fenómenos históricos de larga y los de corta duración. Unos son modas pasajeras, otros cambian la cultura. A estos últimos, decía él, hay que dedicarles gran atención. El movimiento ecológico es, sin lugar a dudas, uno de ellos. Con una intensidad muy diversa según países y continentes, va modificando formas de pensamiento y de vida. Y tanto al ciudadano común como a los responsables de la política mundial les hace tomar conciencia de graves desafíos. La palabra "ecología", que fue acuñada ya en 1869 por el biólogo alemán ERNST HAECKEL para designar el estudio de las relaciones que ligan los organismos vivos a su medio ambiente, se ha convertido en un programa de vida para millones de personas. Además, es la propuesta central de partidos políticos, de planes educativos y de numerosas organizaciones públicas y privadas en el mundo. JUAN PABLO II propone que «el derecho a un ambiente seguro» sea incluido en la Declaración de los derechos humanos<sup>2</sup>.

### 1.- *La crisis ecológica*

La fuerza de la corriente ecologista surge de la conciencia de una profunda crisis. Uno de los primeros S.O.S. fue lanzado por el renombrado Club de Roma en 1972, denunciando la depredación de la

---

<sup>2</sup> JUAN PABLO II: "Paz con Dios Creador, paz con toda la creación". Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz, 1.1.1990, en *L'Osservatore Romano* (ed. esp.), 12.12.89.

tierra por parte del hombre<sup>3</sup>. Desde entonces se han hecho innumerables denuncias y reclamos de especialistas, políticos, organismos gubernamentales y privados. Van desde el adolescente que le advierte a su padre: "no contamines el ambiente con tus cigarrillos, con tu auto sin catalizador, con tu taller, o con tu industria", hasta la Conferencia Mundial de la Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo, realizada en junio de 1992 en Río de Janeiro. Un nuevo informe del Club de Roma -veinte años después del primero- señala que el problema, lejos de disminuir, se ha agravado<sup>4</sup>. La tierra está enferma, el planeta está en peligro. Y el responsable es el hombre. Este es el resumen de la denuncia ecologista.

La investigación de los especialistas muestra, en efecto, que en pocas décadas se han consumido reservas -por ejemplo de petróleo, de carbón y de bosques naturales- que la naturaleza elaboró durante milenios. Y esas reservas no son ilimitadas. Por otra parte, la naturaleza ha sido deteriorada y herida. El ser humano ha arrojado en ella toda clase de basuras y desechos industriales y atómicos causando la contaminación del aire, del agua, de la tierra y de sus productos, dañando la salud de hombres, animales, aves, peces y vegetales, haciendo inhóspito el mundo y destruyendo mecanismos naturales de regeneración. El ser humano, por otra parte, ha tomado conciencia de la ilimitada riqueza de la vida que existe en la tierra, compuesta de una infinidad de seres diferentes, pero también de la intervención arbitraria del hombre, que lleva a la desaparición de innumerables especies... para siempre. Intuye trágicamente la importancia existencial de ciertas interdependencias, de ciertas leyes y equilibrios en la tierra que siempre deberían ser observados y de los cuales nos hemos desentendido, atentando contra la naturaleza. Por otra parte sabe, después de tantos estudios, que las plantas y los animales necesitan un ambiente que favorezca su desarrollo, un *habitat* adecuado, y que la civilización desintegra estas condiciones de vida. Por último,

---

<sup>3</sup> DENNIS MEADOWS (ed.), *Die Grenzen des Wachstums. Bericht des Club of Rome zur Lage der Menschheit*. Stuttgart 1972. Sobre la discusión despertada por este informe, ver HEIRICH VON NUSSBAUM (ed.), *Die Zukunft des Wachstums. Kritische Antworten zum "Bericht des Club of Rome"*. Düsseldorf 1973.

<sup>4</sup> CLUB OF ROME, *The First Global Revolution*. New York 1991.

escrutando el universo, el hombre entiende que tal vez son únicas las condiciones que se dan en su planeta para que en él exista su vida. Y con temor percibe la fragilidad del hermoso planeta azul, hogar imprescindible de la humanidad... amenazado por el animal racional que lo habita.

‡ La advertencia ecológica es clara: el porvenir de la humanidad está unido al futuro de la naturaleza<sup>5</sup>. Y las generaciones que lleguen corren el serio peligro de encontrarse con un planeta devastado y enfermo.

La crisis no es sólo consecuencia del mal trato a la naturaleza. Proviene también del desequilibrio de las relaciones entre las naciones. Es fruto de una crisis antropológica, pero también social. Entre los países que se dieron el nombre de desarrollados y las demás naciones existe una enorme desigualdad, tanto en el uso y consumo de los recursos naturales como en la contaminación ambiental<sup>6</sup>. Baste un dato: los países industrializados, con menos del 15% de la población mundial, consumen casi el 80% de los recursos naturales, con el consiguiente efecto en la contaminación ambiental. La ecología hace tomar conciencia de la absoluta interdependencia en la "aldea planetaria". La destrucción de los bosques en cualquier lugar de la tierra influye en la capa de ozono que defiende a todos los hombres de las radiaciones provenientes del cosmos. Y tal destrucción está provocada, principalmente, por intereses económicos. Si nos desentendemos de otras motivaciones menos nobles en la política ecológica, al Norte le interesa particularmente la estabilización climática, la preservación de la biodiversidad y la protección forestal. Al Sur le interesa una mayor austeridad en el estilo de vida del Norte que disminuya la crisis. Además quiere recibir ayuda para poder tomar medidas de protección del medio ambiente. A nivel mundial hacen falta políticas comunes, legislaciones adecuadas y solidaridad universal para superar la crisis<sup>7</sup>.

<sup>5</sup> JUAN PABLO II, *Sollicitudo rei socialis*, 34.

<sup>6</sup> REINHARD HERMLE, *Von allem die Industrieländer sind gefragt*. Herder Korrespondenz, Septiembre 1992.

<sup>7</sup> JUAN PABLO II: "Paz con Dios Creador, paz con toda la creación". Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 1.1.1991, en *L'Osservatore Romano* (ed. esp.) 12.12.89.

En la actualidad se aboga por el desarrollo sustentable, también llamado ecodesarrollo, aquél que «permite el mantenimiento de los procesos ecológicos y la diversidad de recursos biológicos; el que es compatible con la cultura y los valores de las personas y el que permite eficiencia económica y equidad en las mismas y entre distintas generaciones»<sup>8</sup>.

## 2.- *Un campo con trigo y cizaña*

El movimiento ecológico ha hecho tomar conciencia de esta profunda crisis y ha mostrado la necesidad de soluciones eficaces. Y como suele ocurrir en todo fenómeno histórico, en él se mezclan aspectos positivos y negativos. Es innegable que en el campo de la ecología crece el trigo, abundante y de buena calidad. El Santo Padre considera como uno de los signos positivos de nuestra época la mayor atención a la calidad de vida y a la ecología<sup>9</sup>. Entre sus valiosas conquistas se cuenta una nueva sensibilidad frente a la naturaleza, que exige cuidado de la misma y respeto a sus leyes y necesidades, y una nueva conciencia de la profunda interdependencia existente entre el hombre y el mundo. Ha abierto nuevos cauces a una forma de pensar y de vivir que busca la integración y no la separación de los diferentes estratos de la realidad. Ha reclamado austeridad de vida, respeto a lo viviente, admiración de la belleza, de la naturaleza. Ha puesto freno a la libertad sin solidaridad y sin límites que terminó depredando la naturaleza, las relaciones interpersonales y el alma humana.

En el campo ecologista crece también la cizaña. A muchos les produce más dolor que se destruya un cerezo en flor a que se arranque la vida en gestación del seno de su madre. O se preocupan más por una mancha de petróleo en el mar que por las enormes manchas de hambre en el mapa del mundo. O les despierta más interés la suerte de una ballena errante que la de miles de asilados y nómades. Resulta sorprendente que el respeto de la vida y de las leyes de la naturaleza no repercuta en una pasión por la vida humana y en un respeto por las

<sup>8</sup> ROQUE PADECE: "Ciencia y técnica en el desarrollo sostenible de América Latina", citado en DURÁN-LARA (ed.), *Convivir con la tierra*. Buenos Aires 1992, 17.

<sup>9</sup> JUAN PABLO II, *Evangelium Vitae*. 27.

leyes insertas en su ser, cuyo cumplimiento redundaba en bien de su salud orgánica, espiritual y social. Por otro lado, muchos ecologistas son víctimas del reduccionismo ecológico: una naturaleza pacífica y llena de armonía es convertida en un moderno ídolo. Así descartan el desarrollo tecnológico e industrial, y postulan que es preciso hacerse del todo dependiente de la naturaleza. Por último, es fácil constatar que la admiración de la belleza y del orden del cosmos se queda a mitad de camino. Una cultura abierta, que valorase el pensar filosófico y los valores espirituales, buscaría el origen de tanta belleza, equilibrio y orden, de tal profusión de vida y de tales interrelaciones. Llegaría al Creador. Pero pocos llegan a él. En general, el universo es visto como naturaleza y no como creación; no se le valora como obra, huella, reflejo y palabra del Creador.

Estamos ante un movimiento valioso, deteriorado por el reduccionismo secularista y, por eso, en tantos países, incapaz de un humanismo abierto a Dios y, con ello, abierto a una profunda antropología y a toda la realidad<sup>10</sup>. Niega o calla que el «eclipse del sentido de Dios» inevitablemente produce el «eclipse del sentido del hombre» y del sentido de la naturaleza<sup>11</sup>.

### 3.- *El final de un sueño*

El hombre se encuentra ahora ante una nueva situación. El sueño moderno del progreso indefinido, alimentado por la ciencia y la técnica, que se creía capaz de dominar y explotar las fuerzas de la naturaleza sin ningún límite, se está transformado en una pesadilla: la naturaleza no es ilimitada y muchos recursos se están acabando; además, tiene leyes propias que deben ser respetadas. No hacerlo es exponerse a graves peligros. El hombre no tiene el derecho de hacer todo lo que puede. Esta convicción, cada vez más fuerte y compartida por creyentes y no creyentes, plantea la urgente necesidad de «una

---

<sup>10</sup> JOSEF SUDBRACK, *La nueva religiosidad. Un desafío para los cristianos*. Madrid 1990, 120-123 y 168ss.

<sup>11</sup> JUAN PABLO II, *Evangelium Vitae*, 21.

alianza entre la ciencia y la conciencia», como lo expresara JUAN PABLO II ante la UNESCO<sup>12</sup>.

El final de este sueño es uno de los signos más notables del término de una era cultural. El ser humano, en su visión fragmentada de sí mismo y de su relación con la creación, había querido emanciparse de cuanto pudiera estar sobre él y dominar las cosas a su arbitrio. Sin embargo, al descubrir su propia dependencia de un universo cuyas leyes debe conocer y respetar, ha tenido que aceptar algo que está sobre él y le exige sometimiento. Pero todavía no reconoce que la aceptación de esas leyes es un acto religioso, es inclinarse ante la sabiduría y la soberanía del Creador. Tampoco reconoce todavía -y a veces no quiere hacerlo- que esas mismas leyes exigen de él respetar la vida humana. A pesar de ello, el cambio es innegable: nuestra arrogancia ha recibido un golpe mortal; también nuestro desprecio a la ética. De nuevo comienza a producirse un vuelco copernicano en la cultura.

#### 4.- *Un proyecto emblemático de la ecología*

La ecología quiere asegurar al ser humano, y a todas las especies de animales y de plantas, las condiciones materiales y ambientales que necesita la vida de cada uno. Este propósito cubre un sinnúmero de iniciativas. No me detengo en aquellas que se refieren al consumo de energía, sino más bien en las que se emprenden para responder al problema de la contaminación. Sobre todo deseo mencionar una de ellas.

El aire y las aguas subterráneas contaminadas, los ríos y los lagos muertos, es decir, sin vida vegetal y sin peces, los bosques enfermos y las aves con graves enfermedades, los peces deformados y varados en una playa lejos de su *habitat* natural, entre muchos otros fenómenos desconocidos hasta hace poco tiempo, han sido motivo de gran preocupación. Como una respuesta han surgido áreas, terrestres y marítimas, que son reservadas para amparar una o varias especies. En ellas, la protección ecológica aleja toda intervención humana que sea

OR: 12 JUAN PABLO II, *Discurso en la sede de la UNESCO*. París 2.6.1980.

nociva a dichas vidas, y trata de devolver a la naturaleza esas propiedades naturales que la convertían en el *habitat* adecuado, no contaminado, que conserva los equilibrios naturales de flora y fauna, de agua, sol, aire, temperaturas y viento para que los seres que lo habitan encuentren allí las condiciones más propicias para reproducirse -para anidar, si son aves- para multiplicarse, alimentarse y desarrollarse. A esos territorios se les ha dado el nombre de "santuarios", y los hay para las aves, los animales en vías de extinción, los insectos, las ranas... aún para las ballenas. Probablemente quienes les han dado este nombre de santuario, no han percibido la gran verdad que expresaban. La palabra dice que estas vidas son propiedad de Dios; de alguna manera son algo sagrado, que el ser humano debe respetar, sin irrumpir ni alterar violentamente su *habitat* existencial.

Habitados como estamos a establecer relaciones de justicia entre los individuos y entre los grupos, conviene advertir que la idea de *habitat* las supera. En un "santuario", lo que se busca son las condiciones favorables a la vida; no sólo el ejercicio de sus derechos irrenunciables.

### 5.- *Hacia una ecología humana*

Como lo hemos visto, desde la naturaleza y desde el hombre surgen preguntas decisivas para el futuro. ¿Cómo garantizarle un *habitat* a todo ser viviente, y preservar la creación? Y, en lo que atañe al *habitat* del ser humano, ¿le basta al hombre con aire puro, praderas verdes, ríos incontaminados, alimentos sanos, o junto a esas legítimas necesidades existen otras, tanto o más necesarias?

Estas interrogantes no dejan indiferente a nadie. Son asuntos que se refieren a la realidad creada y a las relaciones interpersonales. Son materias imprescindibles para toda Universidad, con mayor razón para una Universidad Católica, que valora al hombre y el mundo como creación de Dios. Son preguntas que cuestionan nuestra manera de vivir la fe en medio del mundo. Por eso JUAN PABLO II proclama, en la encíclica *Centesimus annus*, la necesidad de una "ecología humana", que va ya más allá de una consideración meramente física o biológica de la relación del hombre con el mundo. Considerando el ser humano como

cuerpo y alma, como ser individual y social, como ciudadano de este mundo y como familiar de Dios, la ecología humana se ocupa del *habitat* del hombre en cuanto persona, del ambiente que es favorable al desarrollo de su vida humana y evangélica. Así quiere integrar armoniosamente la relación a la creación, a la sociedad y a Dios<sup>13</sup>. Escuchemos con atención las palabras con las cuales el Papa introduce este tema en el n° 38 de su Carta Encíclica: «Además de la destrucción irracional del ambiente natural hay que recordar aquí la más grave aún del *ambiente humano*, al que, sin embargo, se está lejos de prestar la necesaria atención. Mientras nos preocupamos justamente, aunque mucho menos de lo necesario, de preservar los "habitat" naturales de las diversas especies animales amenazadas de extinción, porque nos damos cuenta de que cada una de ellas aporta su propia contribución al equilibrio general de la tierra, nos esforzamos muy poco por *salvaguardar las condiciones morales de una auténtica "ecología humana"*. No sólo la tierra ha sido dada por Dios al hombre, el cual debe usarla respetando la intención originaria de que es un bien, según la cual le ha sido dada; incluso el hombre es para sí mismo un don de Dios y, por tanto, debe respetar la estructura natural y moral de la que ha sido dotado. Hay que mencionar en este contexto los graves problemas de la moderna urbanización, la necesidad de un urbanismo preocupado por la vida de las personas, así como la debida atención a una "ecología social" del trabajo.

»El hombre recibe de Dios su dignidad esencial y con ella la capacidad de trascender todo ordenamiento de la sociedad hacia la verdad y el bien. Sin embargo, está condicionado por la estructura social en que vive, por la educación recibida y por el ambiente. Estos elementos pueden facilitar u obstaculizar su vivir según la verdad. Las decisiones, gracias a las cuales se constituye un ambiente humano, pueden crear estructuras concretas de pecado, impidiendo la plena realización de quienes son oprimidos de diversas maneras por las mismas. Demoler tales estructuras y sustituirlas con formas más auténticas de convivencia es un cometido que exige valentía y paciencia».

---

<sup>13</sup> JUAN PABLO II, *Centesimus annus*, 38. También *Evangelium Vitae*, 42.

En éste y en otros documentos, el Santo Padre toma posición ante el problema ecológico, denuncia con energía los abusos contra la creación; reclama una política de cuidado de las especies vegetales y animales y pide la protección del medio ambiente<sup>14</sup>. Sabe bien que esto plantea arduos problemas económicos, políticos y legislativos, y que requiere soluciones técnicas a menudo muy complejas. Pero sabe mejor todavía que requiere una clara opción por determinados valores. La crisis ecológica tiene sus raíces en una crisis ética. En la encíclica *Centesimus annus* afirma: «el hombre, impulsado por el deseo de tener y gozar, más que de ser y de crecer; consume de manera excesiva y desordenada los recursos de la tierra y su misma vida»<sup>15</sup>. No se puede esperar otra cosa si el hombre concede más valor al tener que al ser, a lo material que a lo espiritual, a la técnica más que a la ética<sup>16</sup>. De hecho, con esa escala de valores es imposible que encuentre una recta valoración de los múltiples bienes que encuentra en la naturaleza y los producidos por sus propias manos. Con ella estructura de tal manera su pensamiento y su comportamiento, como también los factores económicos, técnicos, ambientales y legislativos, que ofende a su Creador y deteriora las relaciones del hombre<sup>17</sup>.

Pero consciente del silencio que reina sobre uno de los temas centrales de la ecología, el Papa llama la atención sobre la ecología humana, sobre la necesidad y urgencia de crear las condiciones para que cada hombre y todos los hombres respeten la estructura natural y moral que Dios les ha dado y desarrollen en plenitud su vocación propia<sup>18</sup>. ¿Es posible hacer de este mundo una casa habitable y digna, donde el hombre encuentre y configure lo que favorezca su crecimiento y su vida, viva en paz consigo mismo, acoja a los demás, cuide de la tierra, se abra al encuentro con Dios y anhele el regreso a la casa

<sup>14</sup> Para una visión general del lugar que ocupa la ecología en el magisterio del Santo Padre, ver BERNARD PRZEWOZNY: "La tutela dell' ambiente nel magisterio di Giovanni Paolo II", *Miscellanea francescana*, 90 (1990) 377-418.

<sup>15</sup> JUAN PABLO II, *Centesimus annus*, 37. También *Documento de Santo Domingo*, 169.

<sup>16</sup> JUAN PABLO II, *Redemptor hominis*, 16.

<sup>17</sup> JUAN PABLO II, *Sollicitudo rei socialis*, 36-38.

<sup>18</sup> JUAN PABLO II, *Centesimus annus*, 38.

paterna? Esto nos lleva a meditar sobre el diseño de Dios respecto al hombre y el mundo.

## II- La ecología humana y el diseño de Dios

Como vivimos inmersos en una transición cultural que todavía se despreocupa o aún niega la dimensión teológica del mundo, nos hace bien retornar a la revelación y escuchar nuevamente las verdades más simples sobre la creación, el pecado y las iniciativas de alianza, como partes del paradigma cristiano que ilumina nuestro compromiso ecológico.

### 1.- *La creación, don y tarea*

Las tres primeras verdades que determinan nuestra relación con la naturaleza son éstas: el universo no es simplemente lo que perciben nuestros sentidos. El universo es creación. Por otra parte, el conjunto de las realidades creadas no es una mera juxtaposición de cosas. La creación entera tiene un significado: expresa la plenitud y la sabiduría de Dios. Por último, el universo no es algo neutro en relación a la humanidad. El universo es un don: para todos los hombres y para cada uno de ellos.

En efecto, ya el respeto a la naturaleza es un encuentro con Dios, puesto que la creación es el primer don de Dios a los hombres. No existe por ella misma. «En el principio creó Dios los cielos y la tierra» (Gn 1,1), de la nada creó todo lo visible y lo invisible. Su palabra poderosa dió ser a todo lo que existe. El Dios de la vida quiso comunicar vida. Y entonces surgieron las luminarias y el firmamento, las aguas y los peces, la tierra y los animales. A cada ser le dió una consistencia propia, leyes y ritmos. Y creó una enorme red de interdependencias entre los elementos y entre los seres vivos. El caos inicial se convirtió en cosmos palpitante y ordenado. «Y vio Dios que estaba bien» (Gn 1,9). Pero faltaba un ser hecho a su imagen y semejanza, alguien capaz de dialogar con El y con su creación. «Entonces Yahvéh Dios formó al hombre con polvo del suelo e insufló en sus

narices aliento de vida» (Gn 2,7). Lo hizo varón y mujer. Es parte de la naturaleza, pero es superior al resto del universo porque está dotado de conocimiento y libertad. Y entonces Yahvéh vió «que estaba muy bien» cuanto había hecho (Gn 1,31).

Al hombre le confía el cuidado de la creación. Para él planta un jardín en Edén, para que lo cultive y cuide (cfr. Gn 2,15). Y el hombre pone nombre a todos los vivientes (cfr. Gn 2,19). Recibe la bendición de Yahvéh y el mandato de crecer y multiplicarse y de dominar la tierra (cfr. Gn 1,28). Pero no es su dueño absoluto, es el colaborador del Creador. Con responsabilidad debe administrar los bienes de su Señor, a quien debe rendir cuenta de sus actos. Muchas cosas puede utilizarlas, configurarlas, recrearlas y ponerlas a su servicio, porque él es la creación predilecta de Dios. Pero no debe olvidar que las cosas tienen una dignidad propia, así como leyes y estructuras que deben ser respetadas<sup>19</sup>, y que existen para dar gloria a Dios y ser manifestación de su belleza y poder. El hombre pertenece a la creación y es, a la vez, su rey. Deberá aprender que ser rey y hermano, según el corazón de Dios, es ser un pastor bueno, preocupado por el bien de los suyos, a los que protege y sirve con amor desinteresado (cfr. Ez 34,23ss; Sal 78,71s). Cuando el hombre es "pastor del ser" (HEIDEGGER), es decir, cuando sabe que es señor de la creación como pastor al cual se le ha encargado el cuidado de todo lo que existe, entonces realiza su propio ser y su estar en el mundo. «Soy vida que quiere vivir en medio de vida que quiere vivir», así expresaba el humanista suizo ALBERT SCHWEITZER su sentimiento de íntima conexión con la creación. Y con razón afirma ROMANO GUARDINI: «El mundo existe dos veces. Ante todo, como algo simplemente dado, como naturaleza; pero además como encomendado, esto es, como síntesis de lo que surge del encuentro del hombre con la naturaleza; es decir: de que el hombre la vea, la comprenda, la perciba en su valor, domine sus problemas éticos y la conforme en una totalidad en que se haga patente una determinada posibilidad humana»<sup>20</sup>.

<sup>19</sup> CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et Spes*, 36; 41; 56.

<sup>20</sup> R. GUARDINI, *La cultura como obra y riesgo*. Madrid 1960, 20.

## 2.- El pecado deteriora la vida y quebranta los vínculos

Adán y Eva no lo comprendieron así. Cayeron en la tentación de desprenderse de la dependencia de su Creador, de querer transformarse en dueños absolutos de la propia vida y de todo lo viviente. Se cerraron al don de Dios y no cumplieron la tarea encomendada. El pecado contaminó sus corazones y el ambiente de sus vidas; también fragmentó su visión del universo. La ecología humana, y con ella la ecología de la naturaleza, sufrieron un profundo trastorno. La confianza y la inocencia en las relaciones mutuas fue reemplazada por la recriminación y la vergüenza. Con sudor comerán el pan de la tierra y con dolor se multiplicará la descendencia. Ya no habitarán una tierra abundante. Y necesitan esconderse ante el Dios con el que antes conversaban cara a cara a la hora de la brisa. La ruptura con Dios - entonces, y al igual en nuestro tiempo- lleva a la ruptura con los demás y con la creación. Alejarse de Él, es alejarse de uno mismo. El relato siguiente lo muestra dramáticamente: un hijo de Adán y Eva mata por envidia a su propio hermano (cfr. Gn 4, 1s). JUAN PABLO II en *Evangelium vitae* muestra las consecuencias: «La tierra de "jardín de Edén" (Gn 2,15), lugar de abundancia, de serenas relaciones interpersonales y de amistad con Dios, pasa a ser el "país de Nod" (Gn 4,16), lugar de "miseria", de soledad y de lejanía de Dios. Caín será "vagabundo errante por la tierra": la inseguridad y la falta de estabilidad lo acompañarán siempre»<sup>21</sup>.

## 3.- Una historia de alianza

Pero Caín no fue un caso aislado. La contaminación producida por el pecado siguió pervirtiendo la vida. Y llegó un momento en que Yahvéh se indignó en su corazón, al ver que la maldad del hombre cundía en la tierra. Le pesó entonces haber creado «desde el hombre hasta los ganados, los reptiles y hasta las aves del cielo» (Gn 6,7) y expresó que los exterminaría. Pero un hombre justo, un «varón fiel a Dios» (Gen 6,9) que amaba la creación, halló gracia ante Dios. El arca

<sup>21</sup> JUAN PABLO II, *Evangelium vitae*, 9.

violentos de los jefes de su pueblo, respirando amenazas de muerte, se precipitaron contra su vida! ¡Y qué inconmensurable valor deben tener las relaciones de alianza con el Padre, con los hermanos y con la creación, y el don de la nueva vida, que el Señor pagó por ellos el precio de su pasión y de su muerte en cruz! (cfr. Jn 3,16).

En Jesucristo se revela Dios como el Pastor de su pueblo que lo conduce a fuentes de agua viva, a la paz universal. Y esto es decisivo para la ecología humana. Porque, como afirma el Santo Padre, al hombre «que no pocas veces se siente solo y sin protección en medio de la naturaleza y en las sendas intrincadas de la historia, Dios se le presenta aquí, no como pura idea, como principio abstracto, sino como Pastor que va delante del hombre, lo acompaña y lo sigue cuando se ha perdido»<sup>23</sup>. Y en el mismo discurso plantea la pregunta decisiva: ¿quien protege al hombre dispuesto a ser pastor, a ser protector de su hermano y protector de la creación a él encomendada?<sup>24</sup>. Porque de no gozar de protección, hasta el pastor corre el riesgo de desfallecer en su tarea, o aún de transformarse en mercenario interesado en su propio provecho. O de convertirse en lobo hambriento que devasta el redil.

### III- Hacia una ecología humana

Nuestra Universidad Católica, por vocación propia, está llamada a tener una particular sensibilidad por la densidad ontológica de las realidades temporales, recibida de su Creador, y por el ordenamiento de éstas conforme al querer divino. Por la misma razón, el encuentro con Dios en el mundo y la colaboración con Él para comprender, respetar, perfeccionar y elevar la creación, adquiere un lugar destacado en la espiritualidad de una Universidad Católica. La nuestra es una misión que nos convoca a los lugares de encuentro del conocimiento del hombre con la sabiduría de Dios, de los proyectos del hombre con los proyectos de Dios. Por eso, la ecología humana es una dimensión central de nuestro compromiso con Cristo y con la humanidad. Reconociendo y realizando esta tarea, proclamamos que todas las creaturas tienen un Primogénito, que es Cristo, su Cabeza (cfr. Col 1,15; Ef 1,10).

Si bien son muchas las dimensiones de una ecología humana, quisiera señalar tan sólo un elemento determinante, la

<sup>23</sup> JUAN PABLO II: "Discurso a científicos y artistas en la sala de los festivales de Salzburgo/Austria", 26.6.1988, en *L'Osservatore Romano* (ed. esp.), 14.8.1988.

<sup>24</sup> *Idem.*

actitud con la cual hemos de abordar nuestra tarea, y tres ámbitos de particular importancia.

### 1.- *Una nueva actitud*

Si la crisis ecológica parte con el trato que el hombre ha dado a la vida y a las cosas, manipulándolas y consumiéndolas a su antojo, irresponsablemente, y encerrando la vida en estructuras y costumbres de pecado, la raíz de toda solución está en una actitud radicalmente diferente ante la creación y ante la vida, como también ante todas las obras que el ser humano realiza como colaborador de Dios. La creación, como lo hemos visto, no es meramente un conjunto de cosas; es un don que Dios hace a sus hijos. Lo que nos cabe es acercarnos a ella con gratitud, admiración y respeto, conocer e investigar su razón de ser y sus leyes propias, y utilizar sus riquezas y energías, insertando nuestro trabajo y nuestros talentos en el ordenamiento que Dios dió al universo y a los seres creados. Por sobre todo nos corresponde alabar y agradecer al Señor del universo por tanta sabiduría y generosidad, y continuar responsablemente su obra creadora.

Por eso, un fundador de nuestros días<sup>25</sup>, encauzando a los miembros de su fundación hacia la madurez propia del cristiano en el mundo, enseñaba a los suyos a *mirar* los seres de otra manera, con ojos llenos de estupor, descubriendo en ellos lo que nos dicen de Dios: de su hermosura, su sabiduría y su voluntad; a *disfrutar* de la creación como expresión del amor de Dios a la humanidad, con un corazón lleno de gratitud; a saber *renunciar* a las cosas, viviendo una vida sobria, para no caer en la vorágine del consumismo, sino aprender a usarlas conforme a su destino, es decir, sabiendo que están dadas a toda la humanidad, y no sólo a algunos pocos (esto supone aceptar que el camino de la renuncia y de la cruz es el único que conduce a la libertad y a la vida en abundancia); y a no dejarse dominar por las realidades terrenas, convirtiéndonos en sus esclavos, sino a *tener dominio* sobre los bienes creados, pero con respeto, como quien administra lo que Dios le ha confiado, colabora con Él, continuando su obra, y la hace fructificar en bien de la sociedad, conforme a sus designios de Creador y Redentor.

Esta actitud fundamental, que debe caracterizar el trato con todo los seres creados, vale análogamente del trato con las personas. Es el fundamento de toda ecología humana; es necesaria para

<sup>25</sup> J. KENTENICH, en NAILIS, *La santificación de la vida diaria*. Herder 1958, 141ss; conferencia del 9.2.1963 en Milwaukee, U.S.A.

descubrir a las criaturas y configurar los espacios, las estructuras y las relaciones favorables al pleno desarrollo de la vida y del hombre.

El Santo Padre nos señala un camino concreto, invitando a cultivar una mirada contemplativa para descubrir en las personas auténticas manifestaciones de Dios. Esta mirada «nace de la fe en el Dios de la vida, que ha creado a cada hombre haciéndolo como un prodigio (Sal 139,14). Es la mirada de quien ve la vida en su profundidad, percibiendo sus dimensiones de gratuidad, belleza, invitación a la libertad y a la responsabilidad. Es la mirada de quien no pretende apoderarse de la realidad, sino que la acoge como un don, descubriendo en cada cosa el reflejo del Creador y en cada persona su imagen viviente (Gn 1,27; Sal 8,6)»<sup>26</sup>.

Cuando nos vemos a nosotros mismos como un don de Dios, surge la gratitud, la alabanza y la alegría. Aprendemos a apreciar lo que somos y tenemos, y esto es una gran escuela para aprender a valorar a todos y a cada uno. No somos víctimas fáciles ni de sentimientos depresivos, ni de actitudes opresoras o posesivas. Tenemos fuerzas para no rendir culto a ningún ídolo; tampoco al poder, al sexo o al dinero. Por el contrario, sentimos la urgencia de transformar nuestro corazón en un santuario de la vida, donde habita Dios y hay lugar para los hermanos, donde tiene su hogar la esperanza, como también la audacia para abrirle caminos a la paz. El cuidado por un corazón incontaminado se transforma entonces en una necesidad que brota desde dentro.

## 2.- *El ámbito de la propia vida*

Por eso, el primero y más decisivo de estos espacios es el de la propia vida. Para la ecología humana resulta determinante lo que uno piensa y siente de su propia vida y lo que hace de ella. Cuando la vivimos a la luz de los dones y tareas que Dios nos confía, adquiere dimensiones insospechadas. «En esta perspectiva -dice JUAN PABLO II en *Evangelium Vitae*- el amor que todo ser humano tiene por la vida no se reduce a la simple búsqueda de un espacio donde puede realizarse a sí mismo y entrar en relaciones con los demás, sino que se desarrolla en la gozosa conciencia de poder hacer de la propia existencia el "lugar" de la manifestación de Dios, del encuentro y de la comunión con El»<sup>27</sup>.

Hace unos momentos meditábamos sobre la relación que emerge en la historia de salvación entre la vida, considerada como

<sup>26</sup> JUAN PABLO II, *Evangelium Vitae*, 83.

<sup>27</sup> *Ibid.*, 38.

nuestra es una misión que nos convoca a los lugares de encuentro del conocimiento del hombre con la sabiduría de Dios, de los proyectos del hombre con los proyectos de Dios. Por eso, la ecología humana es una dimensión central de nuestro compromiso con Cristo y con la humanidad. Reconociendo y realizando esta tarea, proclamamos que todas las creaturas tienen un Primogénito, que es Cristo, su Cabeza (cfr. Col 1,15; Ef 1,10).

Si bien son muchas las dimensiones de una ecología humana, quisiera señalar tan sólo un elemento determinante, la actitud con la cual hemos de abordar nuestra tarea, y tres ámbitos de particular importancia.

### 1.- *Una nueva actitud*

Si la crisis ecológica parte con el trato que el hombre ha dado a la vida y a las cosas, manipulándolas y consumiéndolas a su antojo, irresponsablemente, y encerrando la vida en estructuras y costumbres de pecado, la raíz de toda solución está en una actitud radicalmente diferente ante la creación y ante la vida, como también ante todas las obras que el ser humano realiza como colaborador de Dios. La creación, como lo hemos visto, no es meramente un conjunto de cosas; es un don que Dios hace a sus hijos. Lo que nos cabe es acercarnos a ella con gratitud, admiración y respeto, conocer e investigar su razón de ser y sus leyes propias, y utilizar sus riquezas y energías, insertando nuestro trabajo y nuestros talentos en el ordenamiento que Dios dió al universo y a los seres creados. Por sobre todo nos corresponde alabar y agradecer al Señor del universo por tanta sabiduría y generosidad, y continuar responsablemente su obra creadora:

Por eso, un fundador de nuestros días<sup>25</sup>, encauzando a los miembros de su fundación hacia la madurez propia del cristiano en el mundo, enseñaba a los suyos a *mirar* los seres de otra manera, con ojos llenos de estupor, descubriendo en ellos lo que nos dicen de Dios: de su hermosura, su sabiduría y su voluntad; a *disfrutar* de la creación como

<sup>25</sup> J. KENTENICH, en NAILIS, *La santificación de la vida diaria*. Herder 1958, 141ss; conferencia del 9.2.1963 en Milwaukee, U.S.A.

expresión del amor de Dios a la humanidad, con un corazón lleno de gratitud; a saber *renunciar* a las cosas, viviendo una vida sobria, para no caer en la vorágine del consumismo, sino aprender a usarlas conforme a su destino, es decir, sabiendo que están dadas a toda la humanidad, y no sólo a algunos pocos (esto supone aceptar que el camino de la renuncia y de la cruz es el único que conduce a la libertad y a la vida en abundancia); y a no dejarse dominar por las realidades terrenas, convirtiéndonos en sus esclavos, sino a *tener dominio* sobre los bienes creados, pero con respeto, como quien administra lo que Dios le ha confiado, colabora con Él, continuando su obra, y la hace fructificar en bien de la sociedad, conforme a sus designios de Creador y Redentor.

Esta actitud fundamental, que debe caracterizar el trato con todo los seres creados, vale análogamente del trato con las personas. Es el fundamento de toda ecología humana; es necesaria para descubrir a las criaturas y configurar los espacios, las estructuras y las relaciones favorables al pleno desarrollo de la vida y del hombre.

El Santo Padre nos señala un camino concreto, invitando a cultivar una mirada contemplativa para descubrir en las personas auténticas manifestaciones de Dios. Esta mirada «nace de la fe en el Dios de la vida, que ha creado a cada hombre haciéndolo como un prodigio (Sal 139,14). Es la mirada de quien ve la vida en su profundidad, percibiendo sus dimensiones de gratuidad, belleza, invitación a la libertad y a la responsabilidad. Es la mirada de quien no pretende apoderarse de la realidad, sino que la acoge como un don, descubriendo en cada cosa el reflejo del Creador y en cada persona su imagen viviente (Gn 1,27; Sal 8,6)»<sup>26</sup>.

Cuando nos vemos a nosotros mismos como un don de Dios, surge la gratitud, la alabanza y la alegría. Aprendemos a apreciar lo que somos y tenemos, y esto es una gran escuela para aprender a valorar a todos y a cada uno. No somos víctimas fáciles ni de sentimientos depresivos, ni de actitudes opresoras o posesivas. Tenemos fuerzas para no rendir culto a ningún ídolo; tampoco al poder, al sexo o al dinero. Por el contrario, sentimos la urgencia de transformar nuestro corazón en un santuario de la vida, donde habita

<sup>26</sup> JUAN PABLO II, *Evangelium Vitae*, 83.

Dios y hay lugar para los hermanos, donde tiene su hogar la esperanza, como también la audacia para abrirle caminos a la paz. El cuidado por un corazón incontaminado se transforma entonces en una necesidad que brota desde dentro.

## 2.- *El ámbito de la propia vida*

Por eso, el primero y más decisivo de estos espacios es el de la propia vida. Para la ecología humana resulta determinante lo que uno piensa y siente de su propia vida y lo que hace de ella. Cuando la vivimos a la luz de los dones y tareas que Dios nos confía, adquiere dimensiones insospechadas. «En esta perspectiva -dice JUAN.PABLO II en *Evangelium Vitae*- el amor que todo ser humano tiene por la vida no se reduce a la simple búsqueda de un espacio donde puede realizarse a sí mismo y entrar en relaciones con los demás, sino que se desarrolla en la gozosa conciencia de poder hacer de la propia existencia el "lugar" de la manifestación de Dios, del encuentro y de la comunión con El»<sup>27</sup>.

Hace unos momentos meditábamos sobre la relación que emerge en la historia de salvación entre la vida, considerada como algo sagrado, y la alianza con Dios. Recordábamos también ese espacio interior de la nueva y eterna alianza que se abrió en María Santísima, madre de la nueva vida. ¡Qué gran regalo para la cultura que debemos gestar serán los cristianos que sigan el ejemplo de María, y cuyo corazón se transforme, por la fe, en un espacio interior de alianza, en un santuario incontaminado que el Padre colma de sus bienes! Al hablar de este santuario interior, estamos pensando en un lugar de encuentro en el cual habita el Dios de la Nueva Alianza, que es iluminado, como la nueva Jerusalén, por la luz del Cordero, y animado por el Espíritu vivificante y santificador. Es un espacio interior en el que no hay otras relaciones que no sean de alianza; también con el prójimo y con toda la creación: relaciones constructivas y dignificantes, propicias a la vida. Por eso son personas que no causan temor, ya que sus corazones se inclinan a la benevolencia, al perdón y al servicio; a la verdad, la abnegación y la solidaridad; a la creatividad y la libertad de

<sup>27</sup> *Ibid*, 38.

los hijos de Dios. Bien sabemos que esos espacios permanecen cerrados o sólo entreabiertos, sin un gran amor a la cruz. El Santo Padre lo expresa con estas palabras: «Para lograr esa actitud será necesaria una cultura de ascesis, que haga posible al hombre y a las diversas comunidades humanas realizar la libertad también como capacidad de renuncia al propio poder y a la propia grandeza, abriendo así, desde dentro mismo del hombre, espacios al prójimo, y sobre todo, al débil. Esa capacidad de abrir espacios es una forma del amor al hombre, pero también del amor a Dios»<sup>28</sup>.

### 3.- *Un espacio privilegiado de la ecología humana: la familia*

Escuchemos las palabras del Santo Padre sobre la familia, "santuario de la vida": «La primera estructura fundamental a favor de la "ecología humana" es la *familia*, en cuyo seno el hombre recibe las primeras nociones sobre la verdad y el bien; aprende qué quiere decir amar y ser amado y, por consiguiente, qué quiere decir en concreto ser persona. Se entiende aquí la familia fundada en el matrimonio, en el que el don recíproco de sí por parte del hombre y de la mujer crea un ambiente de vida en el cual el niño puede nacer y desarrollar sus potencialidades, hacerse consciente de su dignidad y prepararse a afrontar su destino único e irrepetible. En cambio, sucede con frecuencia que el hombre se siente desanimado a realizar las condiciones auténticas de la reproducción humana y se ve inducido a considerar la propia vida y a sí mismo como un conjunto de sensaciones que hay que experimentar más bien que como una obra por realizar. De aquí nace una falta de libertad que le hace renunciar al compromiso de vincularse de manera estable con otra persona y engendrar hijos, o bien le mueve a considerar a éstos como una de tantas "cosas" que es posible tener o no tener, según los propios gustos, y que se presentan como otras opciones.

»Hay que volver a considerar la familia como el santuario de la vida. En efecto, es sagrada: es el ámbito donde la vida, don de Dios,

---

<sup>28</sup> JUAN PABLO II: "Discurso a científicos y artistas en la sala de los festivales de Salzburgo/Austria", 26.6.1988, en *L'Osservatore Romano* (ed. esp.), 14.8.1988.

puede ser acogida y protegida de manera adecuada contra los múltiples ataques a que está expuesta y puede desarrollarse según las exigencias de un auténtico crecimiento humano. Contra la llamada cultura de la muerte, la familia constituye la sede de la cultura de la vida»<sup>29</sup>.

Los recientes debates sobre la separación y el divorcio han puesto de manifiesto la necesidad de crear condiciones más favorables para que el amor de los esposos tenga la fuerza, la fidelidad y la esperanza que lo proyecten para siempre, y para que la familia sea, realmente, un santuario de la vida, tanto para los esposos como para los hijos. Necesitamos una legislación propicia, que no debilite a la familia basada en el matrimonio para toda la vida, sino que la reconozca y favorezca, y que no la confunda con otras uniones que parcialmente se parecen a ella, y que también requieren la preocupación diferenciada de los legisladores. Es necesaria, pero no basta, una buena legislación. La familia será "santuario de la vida" cuando los cónyuges quieran fundarla con amor a la vida y a Aquel de quien proviene, cuando sea animada a realizar esa vocación mediante el agua viva que brota del sacramento, y cuando la sociedad entera vibre por aquellos valores que favorecen la vida humana, respete a cada ser humano -ya antes de su nacimiento- y le ofrezca la educación, el trabajo, la vivienda, la legislación y los demás medios espirituales y materiales que sean acordes con su dignidad de hijo de Dios y señor de la creación. Vivir en un mundo rico en valores humanos, capaz de diálogo y de confianza, con Dios y con el hombre, es una aspiración profunda de la ecología humana.

A mi parecer, sin embargo, mientras no se reconozca y priorice adecuadamente el aporte del "genio femenino" y de la evangelización de la cultura, siempre estaremos lejos de una cultura de la solidaridad y de la vida. En efecto, la mujer recibió de Dios un "carisma", por así decirlo, en bien de la sociedad. Ella trae al mundo la vida. A ella se le dió una sensibilidad especial, que la inclina a admirar, respetar, acompañar, cuidar y alimentar la vida. Sabe hacerlo con ternura y con fidelidad envidiables. Su aporte es del todo necesario. Por otra parte,

sin la fuerza del Evangelio y de la gracia, sin la vida nueva en Cristo, no es posible vencer las fuerzas adversas a la vida, y palidece la esperanza en una nueva tierra y un nuevo cielo, esperanza necesaria para construir un mundo realmente humano, en el cual las familias hallen ese *humus* que necesitan para dar sus mejores frutos.

#### 4.- *El ámbito social y la contaminación de su atmósfera*

En algunas ciudades industriales del mundo se mide la calidad del aire permanentemente. Si la polución alcanza un nivel determinado, se detiene la circulación de los vehículos. Si el nivel es superior, se detiene la actividad de la industria. Cuando los índices señalan que el aire se ha tornado irrespirable, la "alarma roja" exige que los habitantes abandonen la ciudad.

Este cuidado se refiere, principalmente, a la salud física... pero ¿conocen ustedes alguna ciudad en la cual ocurra algo semejante, referido a la salud anímica y espiritual? Existen lugares -ciudades, regiones y, a veces, países enteros- en los cuales la atmósfera humana se ha tornado irrespirable, gravemente nociva para la salud de los seres humanos en sus dimensiones más nobles: como personas, como hermanos y como hijos colaboradores de Dios. En ellos, los ciudadanos respiran falsedades, corrupción y violencia, injusticias, esclavitudes e idolatrías. Esa es su atmósfera contaminada de todos los días, que no limpia ni el viento ni la lluvia, y que los daña; a veces, los enferma gravemente.

Son casos extremos. Pero pensemos en el deterioro de la atmósfera espiritual que causan ciertos programas de comunicación social. Pensemos también en el desmoronamiento humano que provoca la extrema pobreza, mediante la desnutrición, la carencia de una morada salubre, la desocupación y la delincuencia; lo que trae consigo, además, violencia intrafamiliar. Y no olvidemos los efectos que provienen de una sociedad que se obsesiona por el afán de tener y aparentar más, tales como el egoísmo, la marginación, la agresividad, la injusticia, la deshonestidad y la falsedad, que atentan contra la dignidad, contra el derecho y contra la vida. ¿No dañan más que otras cosas la salud de los seres humanos estas formas de contaminación, tan

contrarias a la ecología humana? La causa de tantas depresiones y neurosis, de la drogadicción, el alcoholismo y el suicidio, ¿no hay que buscarla con frecuencia en la degradación del ambiente humano, carente de amor y de confianza, que resulta adverso al desarrollo de la persona y a su dignidad, ya sea en la familia, la escuela, el barrio, el lugar de trabajo, el hospital o la cárcel? En muchos lugares del mundo, y no sólo en las situaciones de guerra, habría motivos más que suficientes para hacer sonar la "alarma roja".

#### IV- La Universidad y la ecología humana

Antes de concluir, volvamos nuestra mirada hacia esta Casa de Estudios. La Universidad es una instancia clave en la formación de una cultura auténticamente humana. Y una Universidad Católica está llamada a promover dicha cultura, teniendo presente la dignidad del hombre y de su entorno a los ojos de Dios, y poniéndose enteramente a su servicio, como lo hizo Nuestro Señor en la fuerza de su Espíritu. Cada Facultad y cada uno de los Institutos así como cada actividad universitaria, está llamada a entregar su aporte. La confluencia de todos ellos, con las aportaciones del Instituto de Ciencias Religiosas y de la Pastoral Universitaria, será el cauce de una nueva sabiduría que valorará el bien de cada hombre, sentirá admiración por él, y trabajará para darle un *habitat* concorde con su dignidad.

Una Universidad tiene medios adecuados para investigar el deterioro de la atmósfera humana, de la cual es inseparable la dimensión ética y religiosa, para ofrecer instrumentos eficaces de solución, y para formar profesionales que construyan con pasión, en su hogar, en su ambiente y en el país, santuarios para la vida. Los ecologistas han logrado en 25 años un rechazo creciente y generalizado a la contaminación del aire, la tierra y el agua. Nosotros, ¿podremos lograr que la sociedad tome conciencia también del grado de deterioro y contaminación espiritual que existe? Es una tarea nuestra despertar un vivo rechazo de esta contaminación y crear las condiciones religiosas y éticas, psicológicas y sociales, culturales y jurídicas, arquitectónicas y urbanísticas, laborales y económicas, educacionales y

sanitarias para que nuestro pueblo pueda tener el ambiente propio de una ecología verdaderamente humana.

De cara a esta tarea, hemos de apreciar cada iniciativa por conocer la verdad; por desarrollar, con responsabilidad ética, la técnica; por percibir y comunicar la belleza; por ahondar en el misterio del hombre; y por perfeccionar sus instituciones. En el esfuerzo por responder a este desafío contribuyen la docencia, la investigación y la transmisión de los valores y los logros de la Universidad más allá de sus muros. La Universidad puede ser, para las carencias y el avance de la sociedad en el campo de la "ecología humana", una forma de conciencia crítica, a la vez que un fermento y un alma que humanizan. La investigación de los grandes temas valóricos, y la construcción de caminos, por así decirlo, conducentes a la cultura de Chile en el tercer milenio no es, en primer lugar, -por valiosas que sean sus aportaciones- una tarea específica de los técnicos, los economistas, los empresarios o los políticos. Lo es, sin embargo, de aquellas instancias como la Universidad y su quehacer interdisciplinario, que tienen la tarea histórica de ser servidoras de la cultura. Para realizarla, una Universidad Católica encuentra precisamente en la fe la intuición, el horizonte y la esperanza que le permiten abordar con audacia la búsqueda de los mejores caminos para el hombre y la sociedad: los que propone Aquel que creó y redimió al hombre, para compartir con él su ilimitada felicidad.

Muchos hombres de ciencia, considerando la amplitud y la diversificación que ha adquirido el saber humano, dudan de la capacidad del hombre de formular nuevamente una suma de sus conocimientos. Sin embargo, es innegable que muchos problemas no pueden ser resueltos si no son iluminados desde los diferentes ángulos de la ciencia. Seguramente no faltan en el mundo, por nombrar un ejemplo, los expertos en ingeniería genética que quieren ser célebres por ser los primeros en clonar a un ser humano. Pero, si el tema no es tratado con un criterio meramente técnico, e intervienen los hombres más notables por su saber en el campo de la psicología, filosofía y teología, surge una interrogante decisiva: ¿con qué derecho van a proceder esos investigadores, fabricando una persona, que no cumplirá con las condiciones favorables a la vida que Dios le entregó al ser

humano, que no tendrá su origen en el amor de sus padres, que no tendrá padres ni hogar propios, que no será original ni irreplicable, que vivirá por éstas y otras razones lleno de complejos y enfermedades síquicas? ¿Con qué derecho? La falta de un trabajo interdisciplinar de nivel universitario lleva a interrogantes similares cuando se trata de elaborar nuevos conceptos de matrimonio y familia, sin examinar a fondo la naturaleza del matrimonio y de la familia. Pero, ¿gana la ecología humana, si no se basa el ordenamiento jurídico en la densidad ontológica de los seres y las instituciones? Nuestro país, desafiado por preguntas que se refieren a sus valores y su cultura, si quiere abrir caminos a una ecología humana, necesita más que nunca de las universidades. Si éstas no intervienen con intensidad, corremos peligro de extender al orden valórico el pragmatismo que caracteriza la convergencia de pareceres en el orden económico. Pero el pragmatismo es un intruso en este espacio, ya que el ámbito de los valores y de la cultura es el espacio propio de la sabiduría.

La tarea común de fomentar una "ecología humana", nos incita a reflexionar también sobre nuestra propia comunidad universitaria. Es cierto, la vida universitaria, que depara tantas satisfacciones, impone así mismo privaciones, grandes esfuerzos y sacrificios. Pero ellos no deben fomentar la mutua indiferencia, ni la competitividad egoísta, ni las evasiones que destruyen la dignidad personal, ni el anonimato. También para la Universidad, para todos sus estamentos y para la colaboración de los profesores con los estudiantes, vale el mandato de crear condiciones favorables para la vida y el desarrollo esperanzado de todos los miembros de la comunidad universitaria, conforme a la confianza que Dios ha depositado en ellos. La Universidad es más que un centro de estudios. Es una Casa que alberga a una gran familia de mujeres y hombres que se enriquecen mutuamente, adquiriendo la sabiduría que anhelan, y capacitándose para vivir, trabajar y servir profesionalmente como corresponsables de los destinos de su pueblo. Por eso mismo, todos sus integrantes -profesores, estudiantes, personal de administración y servicios- están llamados a crear las condiciones necesarias que hacen de la comunidad universitaria un espacio interior, favorable al crecimiento humano y a la nueva vida. Cuando en todas partes se habla de excelencia, junto al necesario rigor científico, a la

precisión técnica y a la eficacia y destreza operativa, nosotros aspiramos a la mayor de todas las excelencias: a vivir y servir con Cristo y como Él, extendiendo su Reino.

Quisiera terminar mis reflexiones con las palabras del Santo Padre a los representantes del mundo de la ciencia y del arte reunidos en Austria: «Permítanme que exprese ante ustedes el convencimiento de que aún no es tarde para un cambio radical hacia una imagen del hombre como prójimo; de la tierra como espacio vital que debe ser jardín y no puede ser reducida a desierto, aunque a la luz de la fe este mundo no sea la patria definitiva. Y tampoco es tarde para convertirse a Dios, que nos busca antes de que nosotros hayamos comenzado a buscarlo»<sup>30</sup>. La convicción del Santo Padre desafía a las corrientes ecológicas de nuestro tiempo. En nuestra Universidad y dondequiera que estemos, seamos signos de esperanza de una nueva cultura, la cultura de la vida y de la Nueva Alianza

---

<sup>30</sup> JUAN PABLO II: "Discurso a científicos y artistas en la sala de los festivales de Salzburgo/Austria", 26.6.1988, en *L'Osservatore Romano* (ed. esp.), 14.8.1988.